

El evangelista san Juan, el autor del cuarto evangelio -tan diferente en la forma y en el corazón y, sin embargo, tan similar en el amor a Cristo- ha plagado de verbos el tiempo de Pascua. Llena Juan la Pascua de verbos para comprender al Verbo y así poder entender, aunque sea levemente el misterio de la resurrección, porque ¿quién puede comprender amor tan alto? Pero es que aquel que se había quedado dormido sobre el pecho del Verbo encarnado, que es el Señor. Aquel que vio al Maestro lavar los pies y se impactó de amor tan humilde, aquel que se reclinó en esa noche santa sobre el Sagrado corazón de Jesús. Aquel que caminó junto a la Virgen hasta el Calvario y que vio morir al Verbo aunque no silenciar la Palabra, aquel que recibió una de esas últimas palabras: ahí tienes a tu madre. Solo podía podría hablar del Verbo de Dios conjugándolo con su vida.

La novena ha sido una conjugación de verbos en la que Dios ha tenido una palabra para cada uno de nosotros. Los verbos son importantes porque conjugan el sujeto y el predicado. Así también en nuestra vida diaria saber conjugar los verbos con el predicado, saber bien cuál es el sujeto y qué es lo que se predica es fundamental, para no equivocarnos, el Verbo de Dios debe estar en medio.

En mi oración personal me sucede que en muchos momentos me pierdo, me pierdo en mis pensamientos, y llega un momento en el que no se si hablo con Dios o estoy hablando conmigo mismo, y así se llena mi vida de ruidos; quizás porque la clave no esté en hablar, sino en escuchar; me hace bien mirar los verbos, ir a lo esencial de la oración, de la palabra.

El Evangelista Juan a modo de colofón nos ofrece unos verbos en el final de esta preparación espiritual que son estos cultos: Amar y guardar. Pedir y dar. Estar. Recibir, ver y conocer. Conocer y habitar. Dejar y volver. Ver y vivir. Seguir viviendo. Aceptar y guardar, y amar. Amar y ser amado. Amar y manifestar. El rocío es una combinación de verbos, de conjugaciones, de paisajes del alma -que diría Ortega y Gasset-; paisajes del alma que dan contexto al camino y a la vida. Conjugar los verbos con un nombre, un nombre que contiene en sí el sentido semántico de un peregrinar que lleva al cielo: Rocío. Cuando su nombre se pronuncia la ciudad se llena de alegría. **Así es Triana.**

Glorifiquemos a Cristo el Señor en nuestros corazones, esta es la propuesta y la tarea, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza. Caminemos así, dando razones de aquello que esperamos, de aquel en quien esperamos, del que es nuestra esperanza, pero hagámoslo -insiste el apóstol- con delicadeza y con respeto, teniendo buena conciencia, para que, cuando os calumnien, queden en ridículo los que atentan contra vuestra buena conducta en Cristo. El Rocío siempre tiene que demostrar que es un camino de fe. A ninguna hermandad se le exige con tanta insistencia que este camino sea para la gloria de Dios. Y quizás sea en las hermandades del Rocío donde podemos calibrar la profundidad y superficialidad de nuestras hermandades, de la religiosidad popular, porque cuando se convive más de una semana es cuando los corazones se desvelan ¿y cómo sabemos la calidad de nuestras hermandades y de nuestra religiosidad popular?

Solo con la práctica de las obras de misericordia, con el estribillo evangélico: porque tuve hambre... porque estaba desnudo... Del Rocío se puede decir aquello de Chesterton en su obra Ortodoxia (cap. 6)"Cuanto más pensaba en el cristianismo, más veía que, aunque tuviera sus reglas y su orden, la idea de todo aquello era crear el espacio para que las cosas buenas se desataran". (*"And the more I considered Christianity, the more I found that while it had established a rule and order, the chief aim of that order was to give room for good things to run wild"* C.S. Lewis en su obra *Mero Cristianismo describe el cristianismo no solo como un conjunto de reglas, sino como un "vestíbulo" o un espacio*

abierto que conduce a habitaciones -la vida práctica y espiritual-, donde las cosas buenas -el amor, la transformación, la comunión- pueden desarrollarse).

En el Rocío las cosas buenas se desatan... también alguna mejorable, Dios lo permite para crecer y no morir de éxito, porque esa sí que es una tentación, morir de éxito creyendo que ya está todo realizado.

La esencia de nuestras hermandades -hoy- está en la práctica de la misericordia, ese es el primer paso para la evangelización y para unos cultos que no estén vacíos y sean solo apariencia. Solo si unos cultos golpean nuestra vida podremos decir que el Espíritu Santo ha pasado entre nosotros. Y esto se encarna en una misericordia concreta y personal, no solo organizada en diputaciones y bolsas, sino vivida unos con otros en el camino diario, y el Rocío es un buen lugar para convertir el hábito en virtud. Cuando caminamos dando razones de nuestra esperanza el rocío se convierte en una escuela donde valoramos la naturaleza regalada, la familia recibida, los caminos andados por otros y que ahora surcamos... una escuela de vida donde la Virgen de Pentecostés es garantía de la llegada del Espíritu Santo. Es el Rocío donde el Espíritu Santo toma protagonismo de la mano de su esposa, la Virgen Madre.

Difícil es encontrar espacios donde el Espíritu Santo tome el protagonismo y, sin embargo, aquí se le invoca, se le busca, se le vitorea. No por casualidad, al volver del camino, daremos gracias en la solemnidad de la Santísima Trinidad. Una escuela, quiere ser el rocío de Triana, donde se sufra haciendo el bien, porque no hay vida sin sufrimiento, ni amor sin entrega, ni camino sin desgaste... vivamos, amemos, entreguémonos haciendo el bien. El Señor nos dará su Espíritu Santo, nos vivificará en el Espíritu. Eso se nos ha prometido y eso esperamos.

Hemos buscado en estos días de novena recuperar los sentimientos de Cristo, esa ha sido la llamada del predicador. El Rocío, todo en él, está lleno de sentimientos. En Triana estos sentimientos son particulares, y se desbordan y concretan en una hermandad que no se conforma, que no quiere ser mediocre, que busca caminos y propuestas para llegar al cielo. ¡En Triana, este Simpecado que contemplamos, nos llama siempre a tener grandes deseos! ¡Apunta bien alto! Busca la perfección personal, la de tu familia, la de tu trabajo, la de tus obras, la de los encargos que te confíen. Los santos han aspirado a lo máximo. No se asustaron ante el esfuerzo y la tensión. Se movieron. ¡Muévete tú también!

Recuerda las palabras de san Agustín: «Si dices basta, estás perdido. Añade siempre, camina siempre, avanza siempre; no te pares en el camino, no retrocedas, no te desvíes. Se para el que no avanza; retrocede el que vuelve a pensar en el punto de salida, se desvía el que apostata. Es mejor el cojo que anda por el camino que el que corre fuera del camino». Y añade: «Examínate y no te contentes con lo que eres si quieres llegar a lo que no eres. Porque en el instante que te complazcas contigo mismo, te habrás parado». Nunca fuera del camino, nunca satisfechos de nosotros. **Así es Triana.**

Cuando Triana llega ante la Virgen descubre la expresión del sentido de la maternidad, que se expresan en cómo mira la Virgen al niño y cómo el niño mira a su pueblo. Los rostros unidos de la Virgen y el Niño son causa de admiración. La Virgen mira por el hijo, mira al hijo, mira en el hijo. La Madre sostiene al Niño acogiéndolo con su manto, y éste mira fijamente sintiéndose arropado y seguro por cómo es sostenido por la madre. Es la primera sonrisa al llegar, al mirar a la cara de la Madre y del Hijo, que evoca aquel verso admirable de Virgilio: *Incipe, parve puer, rusu congnoscere matrem (empieza, pequeño niño, a reconocer a tu madre con la sonrisa)*. Pues tú eres ese pequeño niño que, en tus alegrías y penas, en tus quehaceres Dios te sonríe en su madre, no dejes de reconocer a Dios que sale a buscarte. Así encontraremos a la Virgen al llegar, sonriéndote, buscándote,

reconociéndote. Por eso en el Rocío no hay aburrimiento, siempre sorpresa y propuesta para cada uno, para cada familia, para nuestra hermandad. **Así es Triana.**

Afirmaba un director de teatro inglés (Declan Donnellan) que Shakespeare había convertido las cuatro palabras más aburridas (*Ser o no ser*) en la pregunta más inquietante para la humanidad. Para nosotros la pregunta más destacada es siempre: **¿Quién dice la gente que soy yo?**, preguntará Jesús a sus discípulos en los evangelios de Mateo y Marcos. Uno de ellos, Pedro, responderá que es el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Sin embargo, poco después lo abandonará y lo negará tres veces. Tras la experiencia del resucitado, lo volverá a proclamar abierta y valientemente Hijo de Dios y Mesías esperado. Algunos años después, Pedro entregará su vida en Roma dando testimonio de Jesús. En esos acontecimientos, Pedro nos muestra las idas y venidas de una existencia en la que podemos vernos reflejados cada uno de nosotros; es el itinerario de la fe, una fe no exenta de dudas y desconfianzas porque, como refería el filósofo francés de la Edad Media Pedro Abelardo, la duda lleva al examen, y el examen a la verdad. El predicador nos retaba a preparar desde ahora el bimilenario de la Redención. Es significativo que sea precisamente en un ámbito pascual, de camino de Pentecostés donde se empiece a escuchar en Sevilla que hay que mirar alto y lejos. Buena es esa propuesta porque resuena en un espacio donde el Espíritu Santo es acogido, recibido, amado y se le da culto.

Así camina Triana, para nada aburrida, intentando responder a la pregunta esencial para su existencia: ¿quién es Cristo para nosotros? Examinando desde un simpecado prendido de amor cual es la verdad de nuestras vidas. La ciudad se llenará de alegría ante la llegada del Simpecado de Triana, en él va prendido el corazón de toda esta hermandad. Examen es siempre la novena, puerta de salida para vivir es esta función, y en todo siempre la alegría del nombre de la Virgen, un nombre que contiene en sí el sentido semántico de un peregrinar que lleva al cielo: Rocío. Cuando su nombre se pronuncia la ciudad se llena de alegría. **Así es Triana.**